



Estudios

Inestabilidad política en Siria disfrazada de conflictos étnicos y religiosos.

Hernán Aisenberg¹

Introducción

Mientras las revueltas conocidas como la “Primavera árabe” van culminando con diferentes epílogos en los distintos países de la región, Siria parece no poder ponerle fin a esta situación, siendo de los países internamente más convulsionados hasta el día de hoy y sin una resolución que brinde estabilidad a corto o mediano plazo. Las razones son varias.

En primer lugar, las divisiones al interior de la oposición siria no le permitieron construir una alternativa plausible de suceder al actual gobierno. La diversidad en los objetivos y los métodos no hicieron posible una coalición opositora fuerte que dé por tierra con el Partido de gobierno que hace 40 años se mantiene en el poder. Asimismo, la capacidad del oficialismo de adaptación a los tiempos y a los aliados coyunturales puede haber influido en su sostenimiento en el poder durante tanto tiempo. Frente a esta situación, el gobierno de Bashar Al-Assad llamó a elecciones con el objetivo de sostener y legitimar su gobierno, mientras que la oposición, desunida y sin oportunidades de vencer electoralmente, terminó buscando por todos los medios la posibilidad de restar participación y credibilidad a los comicios.

En segundo lugar, los países de la región también ayudaron a la división de la oposición. Si bien la mayoría de las potencias regionales compartían la necesidad de derrocar a Al-Assad, tampoco hubo acuerdo entre ellos en cuáles eran los sectores que tenían que apoyar o cuál sería la mejor opción. Cada quien se ocupó de armar y acompañar a la oposición más funcional a sus propios intereses, sin importarle demasiado cuál sería el interés del pueblo sirio. Por otra parte está Irán, que sigue sosteniendo a Al-Assad. Paradójicamente, este país no árabe acompaña el sostenimiento del único gobierno que sigue en el poder de los que

¹ Licenciado en Ciencia Política en la Universidad de Buenos Aires, estudiante de Maestría en Relaciones Internacionales en el Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata. Miembro del Departamento de Medio Oriente.

había llegado de la mano del nacionalismo árabe. Sin embargo, luego de las últimas elecciones iraníes y la apertura de negociaciones entre el mundo occidental y este nuevo gobierno persa es incierto cómo se acomodará la región.

Por último, el rol de las potencias occidentales tampoco es del todo claro, pues no pueden definir una posición y defender a un sector. Es cierto que estos grupos, que apuestan principalmente a las libertades individuales, al libre comercio y a la participación más decisiva de los mercados, le dieron legitimidad y armamento a la Coalición Nacional Siria (CNFROS), pero después de las dudas que dejaron los resultados de la "Primavera árabe" en otros países fue muy difícil que Occidente pudiera confiar plenamente en uno de los tantos grupos opositores.

A esta cuestión habría que sumarle el nuevo rol que ha tomado Rusia en el contexto internacional. Si bien hace ya varios años que el gobierno ruso respalda al gobierno de Al-Assad, impidiendo con su veto que el Consejo de Seguridad intervenga de manera militar, el protagonismo que fue tomando Rusia en este último año le ha permitido tomar un rol de mayor influencia tanto económica como militar. De esta forma, el gobierno sirio puede contar con un socio de mayor peso a nivel internacional. Detrás de Rusia, China con mucha más prudencia y el bloque Latinoamericano del ALBA por su oposición a los Estados Unidos, han apostado a mantener al gobierno de Al-Assad asegurándose un aliado estratégico en la región frente a las dudas que puede generar no saber quién podría sucederlo.

La realidad siria del último año termina mostrando la continuidad del conflicto armado, aumentando la cantidad de muertos, heridos y refugiados, una situación permanente de inestabilidad política y social que no permite que ningún sector en disputa hegemonice y legitime su poder, y, en medio de esta realidad convulsionada, unas elecciones que ayudaron al gobierno a mantener el *status quo*. Estas últimas no modificaron la correlación de fuerzas, no implicaron una mayor legitimidad, pero tampoco permitieron a la oposición organizarse de forma tal de poder dar una disputa en las urnas. En definitiva, lo que sigue primando en Siria son las internas, la violencia y la guerra civil.

La política como continuación de la guerra por otros medios

Después de más de cuatro años de comenzada la "Primavera Árabe", Siria no puede garantizar libertades democráticas ni individuales. Por el contrario, el recurso a la violencia se ha vuelto moneda corriente: el número de muertos, heridos y refugiados brindados por distintas organizaciones de Derechos Humanos no para de crecer, la oposición se fragmenta, se divide y se limita en su capacidad de construcción para enfrentar al gobierno, los grupos terroristas se incrementan. En ese contexto Al Assad convocó a elecciones para legitimar su poder hacia adentro y hacia afuera de Siria, sostener el *status quo* dominante y deslegitimar las luchas armadas al interior del territorio sirio.

En definitiva, realizando las elecciones a principios de junio de este año, el gobierno de Al-Assad sólo invierte el famoso dicho de Von Clausewitz y, en lugar de que la guerra sea la continuación de la política por otros medios, en Siria la política y las elecciones fueron convocadas para ser la continuación de la guerra por otros medios.

Por supuesto que ninguno de los grupos opositores estaba de acuerdo con la realización de los comicios en esa coyuntura y esa situación de conflicto. Mientras algunos grupos propusieron la postergación de las elecciones hasta tanto haya una cierta estabilidad social,

otros se sumergieron en la violencia sin confianza alguna de que las elecciones pudieran ser parte del cambio. Sólo dos organizaciones se prestaron al juego electoral, pero de manera tan marginal que posibilitaron la afirmación de que presentándose sólo ayudaron a legitimar la victoria de Al-Assad. Frente a este panorama, incluso antes de que se abrieran las urnas, las elecciones ya eran un hecho y el resultado también.

Mientras tanto la oposición ya no sabía en cuántas partes más dividirse. Estaban los que se prestaron al juego electoral y los que boicotearon las elecciones, estaban los que apostaban a una construcción política más relacionada al Islam como forma de destacar la cultura y tradición propia y los liberales laicos que buscaban una mayor integración con el mundo occidental. Estaban también los que se organizaron en base a movimientos de resistencia armada y quienes prefirieron seguir confiando en la democracia representativa. Estas diferencias también se plasmaron en el apoyo internacional que cada movimiento fue recibiendo tanto de los países vecinos como de las potencias occidentales.

Por su parte, Al Assad tenía sus propias contradicciones también. Si bien mantuvo una retórica nacionalista que daba la sensación de continuidad del gobierno de su padre, Hafez, el Partido Baaz ya no sería el mismo. Atravesado por el neoliberalismo y la globalización, el gobierno de Al-Assad apostó a una mayor apertura al mercado internacional que la realizada por su antecesor

De la misma forma, pese a mantener un gobierno laico y con poca influencia de movimientos religiosos (que se encuentran más ligados a las diversas oposiciones), el gobierno sirio fue el socio más cercano a la República Islámica de Irán y al Partido Hezballá.

Es en este marco en el que Al-Assad convocó a elecciones para principios de junio de 2014 esperando una masiva participación que justificara la no intervención de las potencias en Siria. Con una victoria asegurada, una oposición dividida y rechazando los comicios y sin el respaldo de las potencias mundiales, lo que estaba en juego era la legitimidad del gobierno sirio.

La inestabilidad siria como reflejo de una disputa hegemónica en la región. ¿Modelo saudí, qatarí o iraní?

Los países de la región tampoco tomaron una postura neutral en la "guerra civil" siria. La mayoría de ellos buscaban la derrota o el derrocamiento de Al-Assad para proponer un aliado a la sucesión y acrecentar su propio poder regional.

Siguiendo esta idea, podemos encontrar en la oposición siria la disputa por la hegemonía regional que están teniendo los modelos que se imparten desde Doha, Riad y en menor medida Dubai y El Cairo. En este sentido, la principal oposición a Al-Assad comenzó viniendo de parte de algunos movimientos islamistas ligados al gobierno de Qatar, la Hermandad Musulmana egipcia y Hamas, pero el golpe de Estado al Presidente egipcio, Mohamed Mursi, el año pasado y el cambio de gobierno qatarí, le dieron ciertas ventajas al modelo saudí.

Las monarquías de Riad y Dubai, apoyadas por las potencias occidentales y por la riqueza petrolera, han podido sustentar económica y militarmente una oposición siria también islámica pero más ligada a vertientes liberales, de apertura de los mercados y de negociaciones con el mundo desarrollado. Las monarquías se vieron beneficiadas también por los recientes cambios y creyeron que disputando el poder de Al-Assad en Siria iban a poder contrapesar

la influencia iraní en la región. Por este motivo, en la Liga Árabe reconocieron a parte de la oposición a Al-Assad como interlocutora representando al pueblo sirio. Sin embargo, esto no es suficiente dado que las potencias mundiales siguen dudando de financiar y apoyar abiertamente a algunos grupos que con la victoria podrían dejar de ser aliados.

Sin la victoria opositora en Siria, Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos y sus aliados occidentales tiene que seguir lidiando con la alianza entre Damasco y Teherán, manteniendo así una situación de paridad de poder.

Por este motivo, para Irán sigue siendo clave esta alianza con Siria, en la que junto al Hezbollah del Líbano, sostienen un modelo político de autonomía de la región en relación a las potencias mundiales. De esta forma, la actualidad de Medio Oriente ya no se divide en base a gobiernos laicos o gobiernos religiosos, sino a una mayor o menor independencia del poder mundial. La "guerra fría árabe" que dividió monarquías sunnitas y nacionalismos en los 60s y 70s del siglo pasado, queda desdibujada con la aparición y consolidación del Islam político. Esto demuestra que el conflicto no es religioso, sino profundamente político.

Sin embargo, las últimas elecciones persas, la recesión económica en Irán y el inicio de las negociaciones de este último con Estados Unidos vuelve a llenar de incógnitas el futuro de la región². Dado que Irán es el enemigo público y sus aliados más cercanos son Siria y Hezbollah, una posible alianza entre Irán y Estados Unidos puede influir de manera directa en los resultados del conflicto interno en Siria. Habrá que prestar atención a los próximos movimientos del nuevo gobierno de Hassan Rouhani para poder diagnosticar nuevos resultados en la política siria.

El nuevo "bloque": la Comunidad Económica Euroasiática.

Así como la guerra civil siria es un reflejo de la disputa de poder regional entre Arabia Saudita e Irán, esto también se refleja a nivel internacional en la vieja disputa imperial entre Estados Unidos y Rusia que hoy, aún con grandes diferencias, pareciera empezar a tomar vida nuevamente.

Si bien las movilizaciones que comenzaron en 2011, en todos los casos tenían el acompañamiento de las potencias en el objetivo de la búsqueda de libertades individuales y libertades democráticas supuestamente negadas por los gobiernos de la región, los resultados fueron más bien diversos. Las revueltas en Egipto, por poner un ejemplo, dieron fin al gobierno que se mantenía hacía varios años en el poder, pero el resultado no fue el que esperaban las potencias. La democracia llevó al poder al representante de la Hermandad Musulmana, quien ganó las elecciones con cierto apoyo democrático y popular. Sin embargo, las potencias que supuestamente apoyaban la idea de "democratizar" no dudaron un instante en apoyar un golpe de Estado contra el electo Mursi, ni tampoco les costó aceptar al militar Al-Sisi, quien llegó al poder sin las urnas, pero en nombre de la democracia liberal.

A pesar de encontrar una solución relativamente rápida para la victoria del Islam político en Egipto, la victoria popular de Mursi dejó una marca en las poblaciones de la región y fue un mensaje de alerta para las potencias que hasta ese entonces estaban decididas a apoyar cualquier revuelta en nombre de las libertades democráticas: ahora ya no podían garanti-

² Ver artículo de Iván Latzke Blake en este *Anuario*.

zar que los reemplazantes de los viejos gobiernos "autoritarios" cumplirían con los estándares democráticos que ellos querían imponer.

Esto probablemente haya influido en la distante e indirecta participación de Estados Unidos y sus aliados en Siria. Si bien existía la necesidad inminente de intervenir y terminar con el socio de Irán en la región, aún así no se termina de conformar una coalición o grupo opositor en el cual el mundo occidental pueda confiar abiertamente sin correr el riesgo de que se suceda una situación similar a la de Egipto.

Otro impedimento fundamental para la intervención directa de los Estados Unidos en Siria es el permanente veto de Rusia y China en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas; y esto no es menor, ya que estos países que venían teniendo roles menos protagónicos a nivel mundial, hoy parecieran estar iniciando un nuevo bloque que pone en alerta la hegemonía del mundo unipolar.

A Rusia le ha costado mucho recuperar su influencia mundial luego de la caída del socialismo real y la desintegración de la Unión Soviética (URSS), sin embargo, con el crecimiento de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China, Sudáfrica), la consolidación de nuevas alianzas económicas y la recesión de Europa y Estados Unidos, pareciera que un segundo bloque se va conformando y para ello es necesario la presencia en cada región. En el caso de Medio Oriente, el único país donde Rusia sigue teniendo algún poderío económico y militar es Siria, donde cuenta con algunas bases militares de la época de la URSS.

Por eso no es descabellado prestarle atención al acuerdo económico entre ambos gobiernos en donde se perfila la incorporación de Siria a la Zona de Libre Comercio de la Comisión Económica Euroasiática (Rusia, Bielorrusia y Kazajistán). Este acuerdo de mayo de este año colabora con la legitimidad interna que buscaba Al-Assad y con la incorporación de Rusia en la disputa política regional.

De esta forma, no es casual observar los últimos vetos de Rusia a la intervención en Siria del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Lo menos conveniente para Rusia en esta situación es un cambio de gobierno en Siria, ya sea para que lleguen al poder los grupos islamistas o los grupos más liberales aliados a Estados Unidos y Arabia Saudita.

En esta aventura rusa no podemos dejar de lado, aunque con menor influencia, la posición del resto de los países del BRICS que se vienen perfilando como acompañantes de este nuevo bloque. China, junto con Rusia, también ha vetado varias intervenciones del Consejo de Seguridad.

Conclusión. A problemas políticos, soluciones políticas.

Como podemos observar en este trabajo, la paz en Siria es cada vez más necesaria para el desarrollo, pero no parece ser parte de las proyecciones del futuro cercano. Las elecciones que legitimaron el poder de Al-Assad no frenaron la guerra civil ni mucho menos. Por el contrario, sólo se habla de una victoria fraudulenta y una oposición dispersa que no puede disputarle el poder por no poder formar una coalición común.

Pero los conflictos políticos son negados como tales y vistos de manera simplista como conflictos étnicos y religiosos. Esta visión sólo colabora con la división ya existente. De un lado se justifica la guerra civil "contra el terrorismo" porque se sostiene la idea de que la intolerancia "islamista" o "fundamentalista" no permite la paz. Del otro lado, el islamismo se refugia en que la paz no se alcanza porque se ha traicionado la fe.

De esta manera, los acontecimientos del último año quizá no ayuden a imaginar algunos cambios profundos en la realidad siria, pero es importante dejar de analizarlos por fuera de la política o como un problema de diferencias esencialistas. No son las divisiones étnicas ni religiosas las que enfrentan al pueblo sirio, sino diversos argumentos de carácter político interno e internacional.

Ya sea por razones de disputas civiles, de batalla por la hegemonía regional entre distintos grupos de poder en Medio Oriente, o bien por una lógica de geopolítica internacional, la situación en Siria parece ser bastante compleja y lo más preocupante es que difícilmente dejen de crecer las cifras de muertos, heridos y refugiados.

Pero si los motivos de estos desacuerdos y de esta violencia letal los hallamos en la política, entonces habrá que buscar las soluciones en la política. Serán las negociaciones que pueda realizar Al-Assad con los grupos islamistas lo que pondrá fin a la guerra civil; será la unidad de la oposición la que pueda dar lugar a un nuevo régimen; serán las nuevas negociaciones entre Irán y Estados Unidos o la disputa entre el islamismo qatari y las monarquías que se encuentran apoyando a proyectos más liberales. Quizá sea cuestión de buscar el lugar que ocupa Siria en el mapa geopolítico, pero de lo que no pueden quedar dudas es que la violencia y la guerra en Siria son un problema político y no religioso ni cultural.